

# La Capilla de Santa Tecla en la S. I. C. B. M. de Burgos

---

## SEGUNDO CENTENARIO

(1736-1936)

VII

FIESTAS DE IGLESIA.—TERCER DIA.

Celebrado el oficio de Nuestra Señora de la Visitación con la solemnidad reglamentaria, continuáronse en este día 2 de Julio los cultos extraordinarios de Santa Tecla. Cantó la santa misa el doctor D. Onésimo de Salamanca y Zaldívar, antiguo colegial mayor de la Sta. Cruz, Catedrático que había sido de Vísperass en la Univ. de Salamanca, Inquisidor del Sto. Oficio en Valladolid, y en aquella sazón Arcediano de Briviesca y dignidad de esta S. I. M., quien más tarde aún continuó el acrecentamiento de méritos y gloriosos títulos, llegando a ser Obispo de Zamora, luego Arzobispo de Granada, y más tarde de Burgos.

Antes del sermón cantóse el acostumbrado motete, que como sus congéneres de días anteriores constaba de recitado y aria. La oración sagrada estuvo a cargo del P. Salvador Osorio, de la Compañía de Jesús, Maestro de Artes por el Colegio de San Ambrosio de Valladolid y de Teología por el de Pamplona, y al presente Catedrático de Vísperas en la Universidad de Salamanca, quien desarrolló con gran aparato de erudición los dos textos combinados: «Simile est regnum coelorum thesauro abscondito, quem qui invenit homo», (Math. 13), e «Ingresus Jesus perambulabat Jerico: Et ecce vir nomine Zacheus». (Luc., 19).

La variedad que hubo en esta mañana fué la introducción en la catedral, antes de la misa, de descomunal tortuga, sobre la que venía asentado un niño, grupo al que acompañaba un numeroso cortejo de volantes. No poco extraño fué ver semejante artilugio en el interior del Santo Templo, pero tenía su explicación; aficionados aquellos nuestros antecesores al simbolismo, veían en él la idea del vicio sojuzgado por la virtud: la tortuga, pesada, tarda, representa

al pecado individualizado en la pereza, y el adolescente que la regia, por la gracia sobrenatural simbolizaba la virtud. El niño iba distribuyendo elegantes estampas, como recordatorio de las fiestas, con la imagen de la Santa.

Terminadas las Horas Canónicas en la catedral organizóse en la tarde de hoy solemnisima procesión. Todas las procesiones tienen en nuestra patria un singular encanto, y el pueblo burgalés siempre exteroirizó en ellas especial entusiasmo, más que en los restantes actos del culto. Es que la procesión, como dijo el ilustre escritor Anselmo Salvá, constituye una de las instituciones más elocuentes y ejemplares de la Iglesia Católica, representando al vivo el viaje del Hombre a través de la tierra; pues nace en el santuario, la casa de Dios, y vuelve a morir en el templo. Por eso pretender historiar acto tan grandioso, en el que la ciudad de Burgos se superó a sí misma, con tendencia estrictamente descriptiva es punto menos que imposible; es necesario que el lector se acerque a este asunto con un criterio poético. Pues sólo la imagen literaria con los recursos de eficaces sugerencias nos podrá traducir las profundas emociones que esta procesión engendraría en aquellos fervorosos burgaleses.

Presidíala el Rvmo. Prelado, de Pontifical, asistido de todo el Cabildo que se veía acompañado con el nutrido concurso de los prebendados forasteros. Acudieron la Universidad de Curas, el Ayuntamiento, todas las comunidades entonces numerosas en la ciudad, los diversos gremios de artesanos, y un innumerable concurso de fieles, lo que constituía magnífico conjunto que pocas veces presenciara el pueblo de Burgos. Realzaba la fiesta una circunstancia que la hacía aventajar a las acostumbradas manifestaciones de piedád cristiana, de suyo y por lo general muy solemnes. Las Ordenes religiosas, secundando deferentísimamente los ardientes deseos del Prelado, habíanse comprometido a levantar altares en calles y plazas del tránsito, rivalizando en loable competencia (si la frase no peca de inexactitud) para honrar la hagiografía del propio santoral con inusitada riqueza en joyas y demás elementos tomados de la propia comunidad y de las casas que generosamente los ofrecían.

Salió la procesión de la catedral, llevando en cabeza el estandarte de la Santa, del que era portador el Regidor perpetuo de la ciudad, D. Martín de Salamanca y Zaldivar, y sobre argentadas andas la estatua, que se destacaba entre todas las imágenes de los titulares de las parroquias, adornadas con entusiasta porfía por sus feligreses.

La primera nota brillante de la procesión aparece en la plazuela

del Arzobispo (hoy Duque de la Victoria). Los Religiosos Mercedarios del Real y Militar Convento de la Merced y Redención de Cautivos (últimamente convento de la Compañía) habían levantado en la fachada del antiguo palacio arzobispal su altar, en el que aparecía sobre una montaña el martirio de la Santa, con San Pedro Nolasco y otros muchos santos de la Religión Mercedaria.

En la calle de la Paloma estaba el bellissimo altar de los Agustinos, Comunidad que tenía su Monasterio en las antiguas edificaciones de lo que hoy son casas de la Beneficencia Provincial. La imagen de San Agustín se destacaba en altar de complicada arquitectura, que ostentaba, según narra el cronista, un riquísimo frontal de plata labrada a martillo, «no tanto superior por el peso y magnitud de su materia sobre la dificultad de sus labores... siendo uno de los más preciosos que adornan el altar del milagrosísimo Cristo de Burgos» en San Agustín.

Los Dominicos del Convento de San Pablo levantaron en la plaza del Mercado o de la Comparada, en la fachada de la Casa del Cordón, su altar que constaba de tres cuerpos. En el primero aparecían Sto. Tomás y Sta. Rosa de Lima, ocupaba el centro un óvalo con la imagen de Sta. Tecla, y remataba el tercero la efigie de Sto. Domingo. En la Plaza de San Juan se admiraba el altar de los Benedictinos. Aprovechando el área de la plaza habían trazado bellissimo jardín y en él se levantó el altar utilizando elementos de complicadísima escenografía. El retrato de Alfonso VI, fundador de la Abadía, y con ella del anejo hospital, adornaba un gran lienzo de pared.

Los Padres de la Compañía de Jesús, instalados entonces en lo que hoy es Parroquia de San Lorenzo con sus anejos: Delegación de Hacienda, Banco Español de Crédito y Orfeón burgalés, en atención a que el cortejo no había de pasar por su calle, erigieron el altar en la plazuela interior de San Ildefonso (donde está el Mercado cubierto), Monasterio entonces de las Religiosas Canónigas Regulares de San Agustín, y del que son restos las edificaciones del Parque de Artillería. El altar se alababa sobre toda ponderación. Además, circunstancias especiales dieron oportunidad para que fuera mejor admirado. No era escaso el recorrido que había hecho la procesión por Lencería, Paloma, Sombrerería, Plaza Mayor, Mercado y Puebla. Había llegado hasta la Plaza de S. Juan, y de aquí, retrocediendo por la calle del mismo nombre, desembocó en la Plaza de San Ildefonso (hacia donde la calle de San Juan se cruza con la calle de Santander). Era menester hacer un descanso en la carrera bien merecido para la proveya edad y delicada salud del Arzobispo. Mientras el Pre-

lado descansaba un poco en el sillón portátil, los Niños de Coro ejecutaron en este lugar una danza y villancicos, cuyo estribillo era:

¡Ah! de las Centinelas  
Que en la marina están,  
Pregunten a esa nave  
De dónde viene y a dónde va,  
A donde va.

Y las coplas:

Nave hermbosa, Tecla va,  
Ostentando su favor,  
Tan bizarra, que nos dá  
Señas del rumbo mejor, etc.

Reanudada la marcha, llegó la procesión a la calle de San Gil, donde junto a la antigua casona de Patiño habían levantado su altar los PP. Franciscanos, que tenían su convento en lo que es hoy Parque de Intendencia. En graciosa arquitectura, con dos cuerpos bien marcados, se ostentaban los santos de más significación en la Orden. En el primer cuerpo estaban San Francisco de Asís, San Antonio de Pádua, y otros; el segundo ofrecía brillante trono rematado por soberbio dosel a la Purísima Concepción, característica devoción de la comunidad. Entre las ricas alhajas se destacaban dos celeberrimos escritorios de Charol (laca) y pies dorados, fabricados en Inglaterra, una de las cosas que más despertaban entonces la admiración en Burgos, y que sus dueños, vecinos de la calle, se honraron ofreciéndoles para exorno de los costados del altar. De la calle de San Gil continuó el desfile hacia la catedral por la antigua calle San Lorenzo (primer trozo de la calle de Fernán González). En el espacio que existe hoy junto a la casa del Cubo, bien poblado de castaños, solar de la derruida iglesia de San Llorente, que en algunas ocasiones fuera catedral burgalesa, habían levantado su altar los Trinitarios, quienes tenían el convento en la actual Casa de Venerables. Constituía esta plaza un conjunto verdaderamente artístico. Formábanle además de la casa actual del Cubo un magnífico palacio del Renacimiento, sito en la esquina de la subida del Hospital de los Ciegos, y otra casa antigua llamada de Rico, por él Norte; por el Mediodía estaba el palacio del Marqués de Lorca, que ocupaba el solar de los números 8 y 10 de Huerto del Rey y el jardín que hoy existe a sus espaldas, por donde el palacio tenía la entrada monumental, con grandioso arco sostenido por columnas. En el centro de la Plaza, descansando sobre el Crucero, recuerdo entonces de la desaparecida Iglesia, se levanta

ba el altar. Aparecía en primer término el martirio de Sta. Tecla, una ardiente hoguera, cuyo fuego atizaban jayanes, vestidos con traje turco. En derredor estaban las imágenes de los fundadores San Juan de Mata y San Félix de Valois, y en las diversas hornacinas que completaban el altar se veneraban imágenes de santos y santas de la Orden.

Los Mínimos, cuyo convento llamado de la Victoria, ocupaba el área de la manzana de casas situada entre las calles de Cubos, Aven. del Gener.<sup>o</sup> Franco, Palacio de Justicia y Benito Gutiérrez, se habían encargado de adornar el final de esta calle de S. Lorenzo, levantando un bellissimo altar en una casa, esquina a la Subida de Saldaña, conocida con el nombre de «Casa de los Santos» por el gran número de figuras de piedra, labradas sobre los sillares. En el centro tenía el altar la imagen de la Santa, a la que acompañaban las estatuas de San José y San Francisco de Paula. En lugar preeminente se destacaban la imagen de Nuestra Señora de la Cabeza, venerada con singular devoción en el convento de la Victoria, completándose el adorno con hermosos y variados relicarios de apariencia antropomórfica. En la calle Alta (Fernán-González, segundo trozo), junto a la casa de Castrofuerte, hoy palacio de los Condes de Castilfalé, habían erigido los Padres Carmelitas su altar. Constaba de dos cuerpos: el inferior tenía dentro de trasparente fanal un Niño Jesús, de escuela napolitana, que entonces comenzaba a ponerse de moda; en el centro se destacaba la imagen de S. José, al que rodeaban varios cuadros con escenas de la vida de Santa Tecla. El segundo cuerpo tenía la estatua de la Virgen del Carmen, a la que acompañaban la de Santa Teresa y San Juan de la Cruz. En este lugar hizo estación el cortejo pudiendo descansar el Prelado.

Mientras tanto los Niños de Coro ejecutaron otro villancico, compuesto de recitado y ária:

Es el cisne al navegante  
El agüero más feliz,  
Canta dulce, y cuando canta  
Sombras de muerte espanta,  
Asegurando el vivir.

—  
Ese cisne de la gracia,  
Esa Tecla protectora,  
Celebrándose sonora,  
Al hombre que le atesora  
Libra del puerto infeliz.

De aquí se inició rápido descenso hacia la catedral por la escalera de San Nicolás. De regreso, en la Plaza de Sta. María, las anchurosas Puertas del Perdón resultaban insuficientes para facilitar la entrada al público, y mientras tanto en la Plaza Mayor se quemaba ruidoso castillo de pólvora, que confundía sus estampidos con el estruendo de los tambores y clarines de las tropas apostadas para rendir honores, y con las severas notas de las campanas catedralicias.

Dentro ya de la catedral y colocada la imagen en su Capilla, aún se recitó otro villancico de hermosa composición, cuya letra era la siguiente:

Cuando el sol en su zenit  
Brilla ostentando el poder  
No hay planta que en su arder  
No asegure su lucir.

Y pues a Vos, Sol Hermoso,  
Ya en el Zenit os miramos,  
De vuestra luz esperamos  
Lograr eterno vivir.

Para finalizar la procesión, el coro entonó la antifona de la Santa, y el Preste cantó la oración oportuna, terminándose acto tan extraordinariamente solemne con la bendición del Prelado.

MANUEL AYALA LOPEZ.

*(Continuará).*